

# LA FAMILIA

RECREO—MORALIDAD—INSTRUCCION.

Redaccion y Administracion, Valverde 8, pral.



LOS CELOS.



## LA HIJA DE LA CARIDAD.

ADO á la reflexion por carácter y amante de la filosofía por estudio y hasta por convicción, sin jactarme de ello para nada, observé que cuando aparecen en la tierra esos grandes hombres destinados por la Providencia á levantar el velo que encubre la verdad, dejan indelebles huellas de su paso, y las generaciones los bendicen.

Un humilde sacerdote del vecino reino, un párroco de Francia, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros para que le admiremos, un heredero del espíritu católico, digno émulo del Obispo y Príncipe de Ginebra, lo manifiesta. A su apostolado, á sus misiones dadas en obsequio del campesino y de los oprimidos por la ignorancia, unió el bálsamo purísimo de la caridad, para que la mujer cristiana y solo la mujer discípula del Redentor, fuese el sostén del desvalido y subviniera á esa necesidad apremiante de los siglos.

Filosofando sobre los beneficios otorgados á la mujer por la religion del divino Mártir del Calvario, al mismo tiempo que recordando mi promesa á los lectores de este ilustrado periódico, acudía á mi alma el deseo de cumplir mi palabra siquiera por presentar el primero de mis argumentos. Verdad es que yo veía expulsados de Méjico á esos ángeles de la caridad, pero en cambio llegaban á mis oídos los lamentos de millares de enfermos abandonados y las quejas de multitud de madres á quienes educaban sus hijos, diciendo en mi interior: «mucho deben valer cuando tienen enemigos; grande y elevada es su mision cuando los desgraciados las echan de ménos.»

Y entre ese griterio de maldiciones y entre los cánticos de gratitud para con las hijas de San Vicente de Paul, recordaba su origen, y veía á las nobles señoras católicas de Chatillon levantándose con el escudo de la caridad, y cual heroínas, á impulso del grito santo que, como en otro tiempo Pedro el ermitaño, diera en sus predicaciones su bienaventurado fundador, diciendo en el reglamento que para ellas escribía: «os llamareis siervas de los Pobres, gloriándoos de ello.» Yo miraba á la célebre y venerable Luisa de Marillac, á la viuda del secretario de María de Médicis aumentando las corporaciones de París, de Chartres, de Soissons, de Beauvais, de Meaux y de Senlis: yo, siguiendo ese vuelo rápido del soldado de la caridad, miraba los establecimientos de sus hijas, exclamando con el profeta: *á Domino factum est istum et est mirabile in oculis nostris*, «el Señor ha hecho esto, que es tan admirable á nuestros ojos.»

Cansado de pensar y fatigado cual sucede á quien deja en la soledad de las reflexiones á su imaginación, penetré en un magnífico edificio coronado por el emblema santo de la redencion, y así que mi planta pisó aquel pavimento, acentos lastimeros me llamaron; y al acudir solicito observé entre otros muchos á un enfermo que desde aquel momento arrebató todas mis simpatías.

Yo no sabré deciros su nombre, pues respeto el dolor, y á la pena se la admira y no se le pregunta. Yo no podré explicaros la posicion que en la sociedad habria ocupado aquel moribundo, lo que si sé decir es que desde aquel instante, cual si una fuerza desconocida me retuviese delante de

su lecho, no me atreví á moverme de aquel sitio: se conoce que Dios deseaba fuese testigo de una escena conmovedora. Respirando difícilmente el enfermo, aplicaba sus frias manos al corazon como temiendo concluyeran sus latidos. De vez en cuando abría sus ojos para mirarme volviendo su rostro macilento y cadavérico, cual si esperase aun alguno de esos postreros consuelos en su última hora. Lágrimas descendiendo sus ojos perdiéndose en los blancos surcos de su rostro, y fugitivas se escondian en los más blancos cabellos de su enmarañada barba: quizá se acordaba de su familia, quizá de sus pobres hijos.

«No viene aún» repetía, «no viene aún:» y el dolor aletargándole le dejaba sin movimiento.

Las horas pasaban veloces, y cuando creía que aquel pobre habria dejado de existir; cuando me preparaba á rezar por él la última plegaria pidiendo al Señor tuviese misericordia de aquella alma que huía del mundo á disfrutar de una vida mejor, un grito profundo, un ¡ay! se escapó de aquellos labios que á mi parecer habia besado la muerte.

«Bendita seais, bendita mil y cien veces» exclamaba con inexplicable frenesí; «creí morirme hermana, y mi deseo era que cerrais mis ojos: Dios os premie el bien que me habeis hecho. Si la sociedad no estima vuestros beneficios, si se atreve á miraros con desprecio, es porque no acude á estos lugares de tribulacion, porque sus carcajadas hacen muy mal efecto en estos albergues del dolor, y como no sabe lo que es sufrir, se mofa de los ayes del triste. En cambio las bendiciones del pobre os acompañarán doquiera que vayais, la gratitud de los que mueren en vuestros brazos resonará en los eternos alcázares pidiendo por vosotras antes que por nadie.»

Lo confieso; me estremecí con estas frases, conmoviéndose mi espíritu de tal suerte que creía entrever una lúgubre historia á través de ellas. A nadie era posible preguntar, pues el anciano, volando á la eternidad á recoger el premio que quizá los hombres negaran á su virtud y honradez, dormía el sueño de los muertos, dejando ver en su sonrisa tranquila la esperanza de su salvacion.

¿Quién obró un portento semejante? qué mano derramó en aquel herido corazon el purísimo bálsamo del consuelo? ¿quién fué el caritativo que se acordó en la última hora del pobre endulzando en lo posible lo amargo de su agonía? Dios, sí, Dios; porque volviendo mis ojos en derredor, miré y ví á una hija de Jesucristo cubierta su cabeza con las blancas tocas de la religiosa y ciñendo su cintura con el rosario de la madre del Señor. Me fijé más aún y contemplé absorto á la hermana de la caridad, arrodillada á los piés del cadáver, hundida su frente en altísima y mística contemplacion, murmurando preces en sufragio del difunto.

Entonces yo tambien rezaba y unia mis oraciones con las de aquella heroína, pareciéndome que el espíritu de Dios llenaba aquel triste paraje y que el Todopoderoso acogia benigno la plegaria de la hija de Vicente de Paul.

(Se concluirá.)

MARIANO YAGÜE

## CRUZ DE PAJA Y CRUZ DE PLOMO.

NOVELA ORIGINAL

de

MARIA DEL PILAR SINUES.

(Continuación)

—Marqués, dijo la señora de la casa: estas muchachas son malignas, usted verá á Lucila y quedará encantado

—¡Deslumbrado! añadió un gallardo capitán de Estado mayor.

—¿Por qué no se casa usted con ella? preguntó muy picada una joven dirigiéndose al capitán.

—Porque es demasiado bonita para mujer propia, respondió aquel con franqueza.

—Ya deseo ver esa maravilla, dijo riéndose el marqués.

—Es una lástima que sea tan pobre, observó uno de los jóvenes caballeros de la concurrencia, con desdén.

—Para mí es un nuevo mérito, repuso el marqués; la mujer pobre tiene muchas ventajas sobre la rica; es más dulce de condición, y ménos aficionada al bullicio y al excesivo lujo: yo, que por el lujo he perdido la mitad de mi fortuna, me casaré con una mujer pobre.

—¿A que vemos á la empalagosa de Lucila marquesa de Segura? dijo una joven morena al oído de su vecina.

—No tengo ninguna dificultad en creerlo, repuso esta: el que se empeña en colocarse alto, al fin lo llega á estar: á Lucila, sus abuelos y su madre la han educado para marquesa.

El martes siguiente, ya un poco tarde, fueron á la tertulia Lucila y su abuela. Antonina se había quedado con su madre, que hallándose aún delicada no se había a revido á salir á causa del frío de la noche.

El marqués, que era hombre de talento y de buen gusto, se creyó trasportado al país de los sueños, ante la aparición de la anciana y de su nieta.

Llevaba aquella un traje de rica seda negra, que realzaba su magestuosa figura y hacia parecer más blancos sus nevados cabellos: un cuello de encaje blanco, prendido con un alfiler de oro y perlas completaba su severo atavío.

Lucila iba á su derecha y ofrecía con su abuela el contraste que podría presentar una blanca rosa con una vetusta encina.

Un vestido de tafetan á rayas azules y blancas, hecho de forma *princesa*, muy largo de cola, y muy corto de talle, daba á la esbelta figura de la joven una gracia artística y llena de suprema distinción.

El vestido se entreabría en el pecho, y dejaba ver una camiseta de gasa blanca, una cruz de oro pendiente de un terciopelo negro enlazado por detrás, y que dejaba flotar largos cabos sobre la espalda, llamaba la atención sobre su garganta de marfil.

Los cabellos de Lucila ligeramente empolvados de rubio, parecían aún más dorados, y se rizaban sobre su frente en gruesos anillos y pequeños rizos, terminando el peinado por detrás largos tirabuzones que pasaban del talle.

Al entrar en la sala, recogió graciosamente la falda de su vestido, y dejó ver una botita de ra-

so azul y una enagua primorosamente encañonada.

El marqués quedó deslumbrado, como había dicho el capitán, y sin poder separar los ojos de aquel divino semblante.

—¿No es cierto que es muy linda? preguntó á su oído una voz varonil.

—¿Es un ángel! repuso el marqués: nunca la hubiera creído tan bonita!

Dicho esto con una distracción que probaba más que el mayor entusiasmo, la impresión profunda que Lucila le había causado, el marqués se levantó, para hallar una ocasión de acercarse á la joven.

No tardó en presentarse: el marqués se sentó á su lado y empezó á dirigirla galanterías, á las que Lucila contestó con mucha cortesía, pero con la al ívez un poco triste que le era natural.

El marqués salió loco de casa del diputado y anhelando llegase el martes siguiente, con más avidez que en su vida había deseado cosa alguna.

Otra persona participaba de su impaciencia: el joven que le había interrogado acerca de la belleza de Lucila, y que era sobrino del diputado y se hallaba empleado en un ministerio con un modesto sueldo.

Este joven, cuyo nombre era Pablo Rodas, tenía un talento distinguido y una bella figura; pero su escasa fortuna y algunos desengaños que ya le habían herido, habían comunicado á su carácter una melancolía que pocas cosas podían disipar.

No obstante, la aparición de Antonina había sido para su existencia como un hermoso rayo de sol: mantenía á su madre viuda, y vivía con ella, lo que le hacía desgraciado más bien que feliz: la anciana tenía un carácter displicente y triste, que en vez de hacer suave para su hijo el camino de la vida, se lo volvía más negro y más sombrío con sus quejas y su continuo mal humor.

Pablo deseaba ver á Antonina, como tras una larga noche desea ver un pobre enfermo el primer rayo de la blanca y risueña aurora, que le anuncia la luz del nuevo día.

## III.

Felipe, marqués de Segura, y Pablo de Rodas, eran dos de esos hombres, honra de su sexo, y de los que no se hallan en el mundo muchos ejemplares.

El marqués tenía un carácter, tanto más generoso y tierno con las mujeres y los débiles, cuanto más valeroso con los hombres y en los lances de honor.

Expléndido, dotado de talento, de corazón sensible, y hombre de mundo, á la edad de veintiocho años tenía juicio y experiencia de las cosas, lo que le daba gran aplomo y una seguridad extraordinaria.

Pablo tenía el carácter mucho más irascible: su color pálido le acusaba de bilioso, lo era, aunque siendo también modelo de delicadeza y generosidad.

Su natural predisposición á la melancolía se había aumentado con lo escaso de su suerte, porque siendo de rectos y elevados pensamientos, y enemigo de toda adulación, ni aun á su tío el diputado, á cuya casa iba todas las noches, había querido pedir nada jamás.

El marqués se aficionó á él: extrañábase tanta

gravedad en un joven de veinticinco años, y conociendo su delicadeza vió la necesidad de buscar algun medio indirecto para mejorar su suerte.

Entretanto el marqués solo pensaba en Lucila: esperaba el martes como el supremo bien, y hubiera querido dormir toda la semana para que llegase más pronto el deseado instante de ver á la joven.

(Se continuará.)

## CARTAS FAMILIARES.

(Conclusion.)

—Cierto, señora, la contesté, que tenia V. razon al decirme que era muy desgraciada conoedor un poco del corazon humano comprendo toda la tortura del suyo en la situacion que me describe. ¿Pero no tiene V. familia en la capital? ¿no pasa usted alguna temporada en la ciudad inmediata donde al ménos pueda tomar ese corazon tan sediento de cariño y consideracion nuevo aliento para sobrellevar tan dura vida?—No señor; mi familia se ha desentendido por completo de mí, habiéndola más de una vez declara lo mis penas y su origen, y mis deseos de separarme de este hombre ante el cual vengo á ser puramente un objeto de adorno ó de necesidad, pero no ocupando en su corazon el lugar que me corresponde. Se han opuesto porque ven cerrarse el porvenir sino vivo con mi esposo, sin que les importe que viva sin dignidad al lado de este hombre, y me han dejado aislada escuchando más bien las fementidas protestas de cariño de mi esposo que la realidad de mis quejas. ¡La ciudad! no voy á ella jamás y si miro el presente tan lleno de desencanto, mas negro aun veo el porvenir ante el cual sufriré el castigo de la ambicion de mis padres, porque me consta que mi esposo deja todas sus riquezas á su familia sin dejarme á mí, si le sobrevivo, más que una exígua pensión vitalicia insuficiente para cubrir mis más urgentes necesidades. ¿Me negará V. que debo llamarme la mujer más desgraciada? Si me consta que no tengo el cariño de mi esposo, ¿que me importa esta aparente felicidad de tener numerosos criados, abundante mesa y habitaciones decoradas con lujo y esplendidez? ¿acaso constituye esto la felicidad de la familia?

—Dice V. muy bien: mas V. que tiene hermoso corazon y clara inteligencia puede hallar la única y verdadera felicidad, el bálsamo consolador de tan duras penas en la piedad, alimento del espíritu y en la instruccion como alimento de su inteligencia.

—¡V. cree que sino fuera por esto yo viviría. En largas noches de insomnio, combatida mi inteligencia y vacilante mi corazon ante formidable lucha, ya veía titubear mi existencia; negros pensamientos cruzaban mi mente, produciendo desencadenada tormenta; mas entonces, cual faro de consuelo y estrella de esperanzas, he buscado mi refugio en la plegaria.... la oracion ha sido mi asilo: por la lectura soy frenética. pero estoy temerosa desde que cayó en mis manos no hace mucho tiempo un libro de autor muy renombrado. Le abrí, devoré sus páginas, los pasajes

pintados con bellísima imaginacion cautivaban mi atencion, cada línea hacia crecer el interés, el entusiasmo; parecía que aquel autor habia tomado de los más recónditos pliegues de mi corazon la historia del corazon que describía.

Pero ¡ay! el libro cayó de mis manos: habia un crimen, habia situaciones que disentan de las mías y que parecian abrimme un horrible porvenir, y volví mi frente á la aurora de consuelo exclamando ¡qué error, casarse sin amor! ¡casarse por el interés! Es imposible que se constituya la familia sin una base sólida. ¡Dichosa la Providencia que no me concedió hijos: yo sola lloro mi desventura!

—De sus ojos caian gruesas lágrimas, los mios se humedecian ante aquel relato expresado con tanta emocion como profunda melancolia; mientras ella enjugaba su llanto yo procuraba consolarla, en medio de las múltiples ideas que cruzaban por mi mente.

—V. bien sabe, la dije, que todo lo que nace, al respirar el primer soplo de vida camina hacia la muerte: la peregrinacion por este valle de lágrimas es más ó ménos larga, pero el fin seguro, infalible, inevitable. Por eso sin duda Dios detrás del duro golpe del sentimiento, abre los horizontes del consuelo;—¡Ay esperanzas cristianas! ¡Santas esperanzas! ellas borran los males del tiempo pasado, ellas calman los dolores presentes. Recé V. y lea, después de haber rezado lea alguno de esos buenos libros tan raros y tan preciosos, cuya prudente moral enseña la fortaleza necesaria en circunstancias tan difíciles como en la que V. se halla; vigile un poco sobre su corazon y su entendimiento para castigarlos si se dejan seducir por las ideas encontradas que necesariamente la atormentan; haga de la necesidad virtud y acepte francamente como dice Mr. de Sainte Foi: «la posicion que le han creado las circunstancias, sacando partido de ellas para gloria de Dios y utilidad de los demás», y yo añado, para tranquilidad y bienestar de V.

Aquí llegábamos cuando vimos descender de la colina inmediata, al señor de la casa acompañando á su huésped y amigo y nosotros nos vimos obligados á poner término á nuestro coloquio, uniéndonos á ellos para regresar á casa.

Aquella noche, querido Emilio, yo te confieso que no pude descansar un momento, hubiera deseado poder proseguir conversando con aquella señora, conocer á fondo aquel corazon traspasado de dolor, devorando tan horrible existencia cubierta con los colores de la más envidiable felicidad. Pocos dias despues dejaba aquellos sitios tan agradables y la compañía tan grata de unos señores objeto de las envidias de cuantos les trataban: solo yo conocia la amargura del corazon de aquella mujer. Pasaron algunos meses y con no poco dolor supe que tanta pena y sufrimiento habian ido minando la vida de D. Su rostro pálido y ojos cubiertos de velo tenebroso dieron á conocer á F. que su mujer sufría y se hicieron venir facultativos conviniendo todos en que D. estaba herida de muerte. Una enfermedad terrible. una tisis pulmonal, comenzaba á ser precursora de ella. El esposo continuaba en su vida y sin demostracion de cariño hacia aquella criatura de que era tan poco digno. La infeliz, cansada de tanto sufrir con tan bello corazon y clara inteligencia, perdió la razon, y pocos meses despues su-

cumbió en la soledad y aislamiento en que viviera. El esposo que un día por amor propio se casara con la infortunada D, no dejando pasar mucho tiempo en demostrar siquiera apariencia de dolor conyugal por pérdida, que en verdad era irreparable, volvió á casarse y no he podido saber si hoytán infeliz á su segunda como á su primera esposa.

Aquí tienes, queridísimo Emilio, un triste ejemplo relatado con tanta verdad como sencillez de la desgracia de no casarse por amor, base única de la felicidad conyugal de la familia, y créeme que si logro hacer algún bien con mis cartas cautivando el ánimo de las benévolas lectoras de tu cada día más estimable Revista LA FAMILIA, habré conseguido mis más vehementes deseos que son siempre complacerte á tí.

Tu amigo del alma,  
S. F. C.

### DOS LÁGRIMAS.

De tus ojos de cielo azul, el llanto  
un día ví correr;  
Cayó en tu mano trasparente lágrima  
y su huella besé.  
¿Quién causó tu dolor, niña hechicera?  
Celos debieron ser,  
porque era aquella lágrima perdida  
¡amarga cual la hiel!

Pasó tiempo y de nuevo ví en tus ojos,  
que rebosaban fé,  
asomar una lágrima, y surcando  
tu rostro, descender....  
y posarse en tus labios palpitantes.  
Avido me lancé....  
¡Y era de amor la lágrima, pues era  
dulce como la miel!

ANGEL DEL PALACIO.

### EN EL MAR.

Nave gallarda y ligera  
que en busca del vendabal  
dejas el puerto, y cruzando  
la bullente inmensidad,  
vas á perderte á lo lejos....  
en el punto desigual  
donde parece se tocan  
el horizonte y el mar;  
Tú eres la imagen exacta  
de la vida mundanal,  
nave donde el hombre cruza  
el mar de la sociedad,  
hasta perderse á lo lejos  
en el instante fatal  
en que llegan á tocarse  
la muerte y la eternidad.

Dichosa tú porque vuelves  
y afanosa tornarás  
de la inmensidad al puerto

del puerto á la inmensidad.  
¡Triste de mi navecilla!  
triste del pobre mortal  
que de agitada existencia  
cruza el borrascoso mar  
siempre adelante... adelante...  
una edad tras otra edad....  
¡Que una vez sale del puerto  
para no volver jamás!!

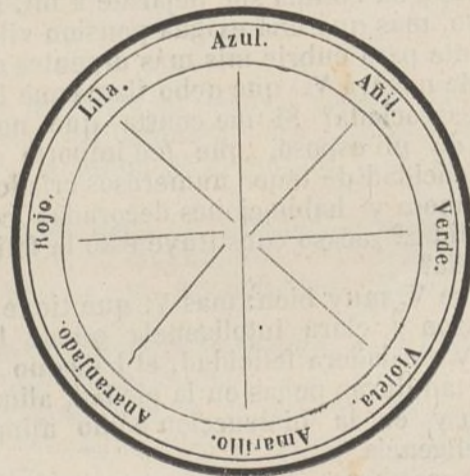
S.

### CONOCIMIENTOS ÚTILES.

No consiste la elegancia ni la belleza del traje en estar compuesto de ricas y costosas telas y recargado de adornos. Un traje sencillo y modesto puede ser bello y elegante, ya por su corte y especial disposición y adorno, ya por la manera de llevarlo. Pero una de las cosas que más se han de tener presentes al vestirse es la acertada combinación de colores, y la relación que debe existir entre el color de la persona y el del traje. Por eso hay trajes que tan estrafalarios nos parecen por faltar al primer precepto, y damas de tan poco gusto en el vestir que no procuran hacerlo de una manera acomodada al color de su fisonomía. Una morena por ejemplo, vestida de verde, hace que tome su rostro cierto inconveniente tinte bronceado.

Dijimos al tratar de la luz y de los colores en un número de LA FAMILIA que los físicos descomponiendo un rayo de luz, habían observado en ella siete colores; rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul-claro, azul-oscuro y morado; mas hoy trataremos de exponer la teoría estética de los colores, no la física.

Para comprenderla empezaremos por llamar la atención sobre la siguiente *Rosa de los colores*, dada á conocer en las obras de Fitcher y de Carrier.



Para explicar como de esta rosa puede deducirse la acertada combinación de colores, seguiremos la teoría de Goethe.

Segun Goethe todos los colores pueden reducirse á dos elementales, que son alteraciones del blanco y del negro. Dice que el color azul es un negro un poco aclarado, y el amarillo, un blanco un poco oscurecido. La combinación del negro y amarillo produce el color rojo; la del amarillo y azul el verde, y tenemos los cuatro colores que po-

demos llamar cardinales, *azul, verde, amarillo y rojo*.

En cuanto á los otros cuatro que con los anteriores contribuyen á formar la *rosa cromática*, el *añil* procede de la combinacion del *azul* y el *verde*, el *violeta* del *verde* y *amarillo*, el *anaranjado* del *amarillo* y *rojo* y el *lila* del *rojo* y *azul*.

Para la combinacion de colores, deben ser especialmente preferidos los que en la *rosa* se encuentran en los extremos de una misma línea, los que al parecer están más opuestos, mientras que las combinaciones ménos bellas son las formadas con colores inmediatos. El *amarillo* y el *azul* forman una bella pareja, por eso se destacan con tal belleza el sol y demás astros del azul del cielo, por eso á cabellos rubios suelen acompañar ojos azules, y á una rubia sienta tan bien un traje azul. No es ménos bella la combinacion del *rojo* con el *verde*, como así lo demuestran las amapolas esmaltando los verdes campos. El *anaranjado* y el *añil*, el *lila* y el *violeta* forman tambien combinaciones agradables.

No lo son ya tanto las de colores no tan opuestos que colocaremos en lista:

<i>Azul.—Verde.</i>	<i>Verde.—Amarillo.</i>
<i>Azul.—Violeta.</i>	<i>Verde.—Anaranjado.</i>
<i>Azul.—Anaranjado.</i>	<i>Verde.—Lila.</i>
<i>Azul.—Rojo.</i>	<i>Violeta.—Anaranjado.</i>
<i>Añil.—Violeta.</i>	<i>Violeta.—Rojo.</i>
<i>Añil.—Amarillo.</i>	<i>Amarillo.—Rojo (1).</i>
<i>Añil.—Rojo.</i>	<i>Amarillo.—Lila.</i>
<i>Añil.—Lila.</i>	<i>Anaranjado.—Lila.</i>

Las combinaciones más desgraciadas son las hechas con colores inmediatos; *azul* y *añil*, *añil* y *verde*, *verde* y *violeta*, *violeta* y *amarillo*, *anaranjado* y *rojo*, *rojo* y *lila*, *lila* y *azul*; por eso sienta tan mal un traje azul á una morena porque la oscurece más.

Terminaremos, ya que de colores tratamos, diciendo, que se ha dado una significacion simbólica á los colores, y aun en ciertas librerías á vueltas del *Libro de los sueños*, *visiones y apariciones nocturnas*, del *Arte de echar las cartas*, del *Oráculo de Napoleon*, del *Arte de hacer diabluras sin tener pacto con el demonio*, del *Nuevo librito para escribir cartas amorosas* y otras obras tan importantes como las que dejamos apuntadas, suele encontrarse la *Explicacion del lenguaje de las flores y de la significacion de los colores*.

Fijándonos únicamente en los más principales y tratando de explicar su significacion, diremos, que el *verde* indica *esperanza*, tal vez porque el verde de los campos en primavera promete abundante cosecha; el *amarillo*, *falsedad*, ya porque no es oro todo lo que reluce, ya porque es un blanco que empieza á oscurecerse; el *rojo*, *pasión*, porque á una persona apasionada enrojecense las mejillas; el *azul*, *celos*, *duda*, porque los celos y la duda producen un vacío en el corazón, y al contemplar el azul de los cielos, nos abismamos en la meditacion de lo que habrá más arriba, y vemos más allá de ese azul un vacío insondable, un espacio sin límites que nuestra mente no alcanza á comprender.

LUIS RAMIREZ Y LA GUARDIA.

(1) Pintura de aleluyas.

## NUESTRAS FOTOGRAFÍAS.

La fotografía del presente número representa el momento en que un amante celoso reconviene á su amada dando rienda suelta á la pasión que tortura su alma.

La escena tiene lugar en un baile de máscaras. Víctima del horrible torcedor de los celos trata de arrastrar el mosquetero á su bella pareja en el delirio del vals, dirigiéndola duros cargos y amargas frases hijas de una imaginacion exaltada. Ella intenta en vano rechazar tantas calumnias pretendiendo desasirse de los brazos de hierro que la sujetan.

Todos los detalles de la lámina son de una belleza artística admirable.

## MISCELÁNEA

La superficie del pavimento de la escena en la nueva Gran Opera de París es de 10.000 metros cuadrados. Las columnas de hierro que le sostienen son 512.

Se han empleado en los cordajes 136.300 metros, y 8.500 en tubos para agua, de plomo y *caoutchouc*, y cerca de 14.000 metros en tubos para gas.

Los contrapesos, de plomo y hierro fundido, pesan 80.000 kilogramos.

Hay en el nuevo teatro 8.670 metros de mosaico. Calculando que cada baldosa sea por término medio de un centímetro cuadrado, se habrán tenido que necesitar 86.700.000.

El número de columnas decorativas es de 302, el de puertas, 1.433 y el de escalones 5.654.

El edificio tiene por lo largo 172 metros 70 centímetros, y por lo ancho 124 metros 0'8 centímetros.

La altura total desde el fondo del teatro á la lira de Apolo es de 70 metros, de los cuales 66,52 están sobre el nivel de boulevard.

\*  
\*  
\*

*Fórmula para el empleo de la carne.*—Hoy que tanto uso se hace de la carne cruda una de las fórmulas más puesta en práctica en la siguiente:

Carne cruda raspada. . . . .	100 gramos
Azúcar pulverizada. . . . .	40 —
Vino. . . . .	20 —
Tintura de canela. . . . .	3 —

Se mezcla el azúcar y la carne cruda en un mortero de mármol, añadiendo el vino y la tintura. Se obtiene así una mezcla que tiene el aspecto de una mermelada y sabor agradable. La

composicion cumple las exigencias de una alimentacion tónica y constituyente.

\*  
\*  
\*

Estaba pronunciando Demóstenes en la plaza de Atenas uno de sus más elocuentes discursos contra Filipo y el público en corrillos sin atenderlo hablaba de asuntos más triviales.

—Os voy á contar un cuento, dijo de pronto el orador.

Todas las conversaciones se suspendieron, y el público gritó por todos lados.

—¡Cuéntalo! ¡Cuéntalo!

—Un hortelano venia por las mañanas á Atenas con su borrico cargado de hortalizas para el consumo de la ciudad, y por la tarde regresaba á su aldea. Veia por la mañana que la sombra del burro se inclinaba a la derecha y por la tarde á la izquierda, y era tal su estupidez, que esto que cualquiera puede comprender que es efecto de la diversa posicion del sol, le devanaba á él los sesos, pensando en que podría consistir el que la sombra estuviese por la mañana, á un lado y por la tarde á otro.....el orador se interrumpió.

—¿Y qué vino á sacar en limpio de sus meditaciones? gritó un curioso.

—¿Que qué vino á sacar en limpio? Que hay un pueblo estúpido que cuando la patria está en peligro y le hablan de asuntos para ella de vida ó muerte, no atiende al orador, pero sí presta su atencion cuando le hablan de un burro! ¿Qué digo de un burro? ¡De la sombra de un burro!

\*  
\*  
\*

Ahora que tanto se habla de regalos de boda debemos citar el enviado por el Virey de Egipto á la hija del general Sherman que consiste en un aderezo tasado por los peritos en 300.000 pesos fuertes. El número de brillantes pasa de 500.

¿Podrá tener aplicacion entre nosotros este cuentecillo?

\*  
\*  
\*

M. Ménier, el inventor del globo con aire tibio, cuya cubierta es muy ligera, ha hecho en el arsenal real de Woolwick una primera experiencia pública de un nuevo globo, al que se le puede dar direccion. El mecanismo es muy sencillo. Hace mover dos alas ó velas atadas con fuerza alrededor del globo. M. Ménier ha empleado tres pequeños modelos de globo y sólo dos tenían el aparato. A pesar de existir una corriente de aire bastante viva en la sala en la que se hacia la experiencia, ha dirigido muy bien los dos globos en diversas direcciones.

M. Ménier prefiere el aire caliente al gas, porque con el aire templado puede graduar fácilmente la ascension del globo con ayuda de una lámpara de petróleo colocada cerca de la válvula. Ha construido un gran globo, con el que debe partir muy en breve del arsenal real del Woolwick. Este globo pesa 700 libras inglesas y puede sopor-  
tar un peso de 1.700 libras. Llevará una provision de petróleo suficiente para alimentar la lámpara durante veinticuatro horas.

\*  
\*  
\*

Ciertas amistades que se conocen como perjudiciales, deben descoserse antes que desgarrarse.

\*  
\*  
\*

El sentido de la vista es el mas penetrante: mas con él no vemos la sabiduría.

\*  
\*  
\*

El miedo es una opinion del mal que amenaza, que parece insufrible.

\*  
\*  
\*

Tu corazon es menester que se juzgue por rico, no la opinion de los hombres, ni tus posesiones, persuádase el hombre de que nada le falta y de nada más cuide.

\*  
\*  
\*

Una mujer de talento puede leer su porvenir en un insignificante ademan.

\*  
\*  
\*

#### CHARADA.

(Remitida.)

La primera y la cuarta  
dos notas son;  
mineral que pisamos  
es prima y dos;  
segunda y cuarta es propio  
de un buen turbion,  
tercia y segunda letras,  
y el todo yo.

Una suscritora.

\*  
\*  
\*

#### ACERTIJO.

¿En qué se parece una criada á una liebre?

\*  
\*  
\*

#### FUGA DE CONSONANTES.

U. o..a..o o.o .a. .o.  
.i.o .o. .u..a .a.  
.o...e .o. .e.e. .a u.a  
e.e .e.o. a..a .a.

(Las soluciones en el número próximo.)

\*  
\*  
\*

Soluciones á las charadas del número anterior.

1.<sup>a</sup>

NOVELA.

2.<sup>a</sup>

PANTALON.

Han remitido la solucion la Sra. D.<sup>a</sup> Trinidad Redruello. D.<sup>a</sup> Carolina Gargollo de Villaseñor, D. Antonio Lozano, y D.<sup>a</sup> Purificacion Castro, Enriquez de la Plana (suscritores de Madrid), D.<sup>a</sup> Fermina Rojas de la Puente (Valencia) D. Juan Gonzalez Izquierdo (Burgos) y D. Miguel del Castillo, (Pozuelo de Alarcon.)

Tambien ha remitido oportunamente la solucion á la charada del número 22, D. José María Bolivar.

\*  
\*  
\*